

Homenaje a Antonio Machado en su primer centenario



EL centenario del nacimiento de Antonio Machado promete ser muy concurrido, o lo está siendo ya. Por todas partes apuntan los homenajes, las reediciones, las apologías, y seguirá a buen seguro la rivalidad entre las ciudades de la geografía del poeta: Sevilla, Soria, Baeza, Segovia (¿faltará Valencia, Barcelona, Colliure?). Sevilla, por la parte oficial, ya cuenta con ese pintoresco proyecto municipal de erigir un símbolo a la fraternidad entre las dos Españas en la glorieta levantada a los los hermanos, como prueba de buena voluntad en esta hora de aperturismo y de reconciliaciones; algo así como un Valle de los Caídos en versión doméstica. No se ataca a la intención, que en principio no es ni buena ni mala, sino al uso indebido que pueda hacerse en la publicidad del hecho, sobre todo cuando la parte contraria tendrá que seguir utilizando los canales de la contracultura: circulación de ediciones prohibidas, especialistas en Machado que hablarán para públicos extranjeros (García Calvo y José María Valverde, por ejemplo), profesores jóvenes de Universidad, más o menos arropados por el peligroso secreto de las aulas, etc. De todos modos, ya es algo que la España oficial reconoce que hay dos Españas. Lo demás está por ver. «Se hace camino al andar», decía el bueno de don Antonio.

Lo cierto es que ahora, como ocurrió hace pocos años, en que la rueda de la fortuna nos deparó otra conmemoración machadiana, existe el peligro de que nos confundamos, y en ese peligro estamos todos, los de una parte y los de la otra. Ya en aquella ocasión García Calvo se encargó de desmontar el sentido de un ambiguo homenaje, y de ponerlo, con su doloroso rigor crítico, en la sola línea posible cuando de Machado se trata: la del pasmo, la paradoja y el miedo a la nada. La nada que, según Machado, fue creada por Dios cuando nos hizo el mundo. Y ahí nos tenemos que ver. Y no ceder a la tentación de convertirnos en oficinistas de la cultura, en intérpretes protocolarios, y aun en cosas peores, queriendo hacernos dueños de la verdad de Machado

Machado: apropiaciones indebidas

(ni unos ni otros, repito), quien decía:

*Cantad conmigo en coro: Saber,
[nada sabemos,
de arcano mar vivimos, a ignota
[mar iremos...
Y entre los dos misterios está el
[enigma grave;
tres arcas cierra una desconocida
[llave.
La luz nada ilumina y el sabio
[nada enseña.
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el
[agua de la peña?*

Podríamos arrojar un saldo terrible sobre la imagen del poeta, imagen que es, en rigor y por principio de su obra, netamente reacia a las totalizaciones, al saber definitivo y consagrado, pues el propio Machado huyó de él como de la peste. Es cierto que algunas claves de esta poesía se desentrañan al hilo de ciertos acontecimientos de la vida del autor, pero son las menos y casi siempre con relación a la tragedia de su joven esposa, muerta apenas desposada, o a las contradicciones sentimentales del Machado ya maduro en el episodio de Guíomar, pretendidamente misterioso para deleite de los cazadores furtivos. Quiero decir que el Machado amante de mujeres no da para una clarificación total de su obra, como quisieran algunos biógrafos. Es más, el contacto con la muerte tras la de Leonor (se sabe incluso que el poeta pensó alguna vez en el suicidio por desesperación) sirve precisamente para todo lo contrario que la claridad: para abrirse a la sorpresa del mundo cambiante que Machado descubrió entonces, como punto de partida del más puro pensamiento dialéctico: la vida es igual a la muerte.

De esta experiencia (Leonor estaba ya fatalmente marcada) Machado extraería la conciencia fundamental del tiempo como un flúid disolvente, donde sólo es recuperable la parte del pasado convertido en sueño lírico:

*¡Alamos del amor que ayer tuvisteis
[de ruiseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana lirás
del viento perfumado en primavera;
[véra;
álamos del amor cerca del agua
que corre, pasa y sueña,
álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lle-
[va! (1).*

El poeta ni siquiera alcanza a percibir el río como distinto de su «yo» romántico (del que ya hablaremos), pero ya se ha dado cuenta de que se le escapa la experiencia, de que no puede anclar en nada, salvo que cante («Lirás del viento»), lo cual es una forma de desrealizar, frente a lo que fue un canto verdadero («de ruiseñores vuestras ramas llenas»).

En cuanto al episodio de Guíomar, sabemos ya hoy que no pasó de ser una contradicción muy aguda del poeta, que por su experiencia acumulada de escepticismo no podía en modo alguno ceder a un escarceo amoroso, y menos con una mujer que, según todas las pistas, era bastante reaccionaria en su forma de pensar.

Con esto no queremos desdeñar la biografía del poeta; únicamente

(1) Este poema pertenece a CAMPOS DE CASTILLA, publicado en junio de 1912, dos meses antes de morir Leonor, lo que prueba que el poeta se adelantaba al hombre en lo esencial de su pensamiento dialéctico.

ponernos en guardia contra la identidad autor-hombre, puesto que el propio hombre Machado se cuidó de ensombrecer las incidencias de su vida en su obra, porque no creía demasiado en ellas. Más bien sabía lo que los modernos estudios semiológicos revelan con toda nitidez, esto es, que el «yo» vivo del poeta no es necesariamente el «yo» de papel, y además lo dijo: «*Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien nuestro.* Sin salir de mí mismo, noto que en mí sentir vibran otros sentires, y que mi corazón canta siempre en coro, aunque su voz sea para mí la voz mejor timbrada». No hay que llegar, pues, a Roland Barthes ni a Lucien Goldman. Machado, como ocurrió con Valéry en Francia, se anticipó proverbialmente a muchos «descubrimientos» de la poética estructuralista y se situó, además, como lo hiciera otro sevillano que renegó igualmente de su «yo» personal para hacerse poeta —me refiero a Luis Cernuda—, en la corriente de autocrítica que parte de T. S. Eliot y que hace de los grandes poetas contemporáneos seres atareados por el hallazgo deslumbrador de los demás, contra sí mismos. En último extremo, poetas como Machado y Cernuda se pueden leer como una lenta y gradual aceptación de esa dualidad irreductible que hay entre el yo cotidiano y el yo creador. La diferencia entre uno y otro es que Machado es una aceptación gozosa y en Cernuda, que se sentía excluido del mundo, es una amarga aceptación. El paradigma tiene entre nosotros todavía un tercer elemento, y este es Juan Ramón Jiménez, que hace la bipolaridad con Machado en tantas cosas. Juan Ramón, dentro del mismo conflicto, del que era igualmente consciente, optó por una solución brutal: renunciar al yo cotidiano y consagrarse al otro yo. De ahí su malhumor como hombre, de ahí los infinitos retoques a sus versos. Y de ahí su separación y su ruptura con Machado, tras un primer período, el modernista, en que pudieron entenderse transitoriamente. Por eso es tan difícil elegir entre uno y otro. Porque todos, como creadores del mundo que somos por el mero hecho de existir, sólo

tenemos las dos caras de una sola alternativa: ser en el mundo que nos destruye —Machado—, o destruir el mundo en el que somos, despreciarlo —Juan Ramón Jiménez.

La mayor parte de los españoles de postguerra eligió a Machado. Pero esto, que ha acarreado una popularidad, siempre admirable, del poeta de Sevilla y de Castilla hasta darle tintes de poeta del pueblo, incluye al mismo tiempo una degradación peligrosa, una manipulación interesada que a veces causa verdadero horror. Pienso, por ejemplo, en la ambigüedad que se ha creado en torno al celeberrimo poema de PROVERBIOS Y CANTARES.

*Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.*

INTENCION DIALECTICA

No estoy, ni mucho menos, contra la difusión que le dio la versión cantada de Juan Manuel Serrat, porque pienso que algo contribuye al conocimiento de un texto y que tal vez por vía inconsciente pueda arraigar más que por otros medios. Lo malo es cuando se pone en boca de personajes de la España oficial, trovadores más interesados que Serrat, y hasta de santones —pienso concretamente en el fundador de cierto grupo católico ultraconservador—, donde degenera hasta convertirse en todo un lema de individualismo combativo, de avasallador ejercicio de la voluntad personal para «abrirse camino en la vida», como en la más pura retórica fascista o, quién sabe si peor, en la teoría competitiva del «self made man» americano, que caracteriza a este mercado de las almas nuestras. Qué lejos de la verdadera intención

Por desoladas tierras extranjeras
Obreros tristes, serios, funerarios
Entre fusiles torvos y sectarios
Tristemente arrastraban tus banderas.
Ante el Dios de las mieses y las eras,
Del cincel, de la maza y sus calvarios,
Entre fusiles, torvos incensarios,
Lanzaban sus plegarias verdaderas:
Por España otra vez y por su gente,
Unidos perdedores y vencidos,
Emprenderemos marcha nuevamente,
Bramarán vencedores y perdidos,
Los delfines de nuevo, de repente,
Ondas arriba marcharán unidos.

MANUEL ROLDAN

dialéctica del poeta, que, en su contexto, quería decir muy al contrario: no os vayáis a creer que hay ni siquiera caminos, o que basta con mantenerse firmes en un sólo rumbo para llegar a puerto alguno, sino que es el puro conflicto de la existencia lo único que sabemos, la destrucción del saber en cuanto se pone a caminar. Y aun del saber decía Machado:

*Corazón, ayer sonoro,
¿ya no suena
tu monedilla de oro?
Tu alcancía,
antes que el tiempo la rompa,
¿se irá quedando vacía?
Confiemos
en que no será verdad
nada de lo que sabemos.*

Y en otro lugar:

*¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar?*

El peligro es el mismo que acecha a todos los grandes poetas que, quieran o no, pertenecen a esta cultura rendida a los valores románticos del individualismo. Mucho más

a Machado, a quien por lo visto no le vale haberse arrepentido a tiempo de su filiación romántico-modernista (a partir de la segunda edición de SOLEDADES, en que desaparecen las dedicatorias a Rubén Darío), ni el haber descubierto el espejismo del yo, su desintegración a poco que ahondemos en nosotros mismos; su equívoca consistencia. Y el peligro consiste en convertir a Machado en símbolo de algo, por encima de su propia obra, en levantar sobre la realidad compleja del creador el mito unitario del hombre, cuando el hombre Machado se hizo poeta precisamente tras darse cuenta de las limitaciones del lenguaje, lo cual le obligó, una vez puesto en lucha dialéctica con el medio expresivo, a enriquecerse cada vez más, o lo que es lo mismo, a hacerse cada vez más difícil en el plano semántico. Así se metió en el tiempo como fluir de contradicciones y elaboró su metafísica del No-Ser (o de la «esencial heterogeneidad del ser», como quería su apócrifo Juan de Mairena), que es lo último que nuestra cultura está dispuesta a admitir. Una cultura donde el otro, los demás, son mera ente-

lequia, útil para las campañas de caridad, para las proclamas y para la demagogia, y no para una búsqueda insaciable

*(¡Ay del que llega sediento
a ver el agua correr,
y dice: la sed que siento
no me calma el beber!)*

de lo que nos falta para ser, y que es en cada momento lo opuesto de lo que somos:

*Busca a tu complementario
que siempre marcha contigo
y suele ser tu contrario.*

Es faltar a la verdad, y es traicionar el más profundo sentido de su obra, creer que Machado fue un hombre sin contradicciones. Machado no dejó de ser nunca un poeta con implicaciones románticas —en el bueno y en el mal sentido de la palabra—, un poeta simbolista, a veces demasiado oscuro, como para no pensar nosotros que a veces le asistía la ambigüedad a él mismo, como a cualquiera de nosotros; no dejó de estar marcado por la angustia religiosa, que le hizo malenten-



CAMP DE L'ARPA

REVISTA MENSUAL
DE LITERATURA

Valencia, 72, entlo. 4a
Teléfono 243 37 04
Barcelona-15 (España)

Director:
Juan Ramón Masoliver

Editor:
José Batlló

Secretaría General:
Amelia Romero

Redacción:
Joan Egea, Domènec Font,
Francisco Lucio, Enrique
Moreno Castillo, Pedro
Vergés

poesía
narración
ensayo
y crítica

PIDA UN EJEMPLAR DE
MUESTRA Y LAS BASES
DE NUESTRO CONCURSO
DE POEMAS Y CUENTOS

Número suelto: 50 Ptas.
Suscripción por un año
(12 números)
España: 400 Ptas.
Otros países: 9 \$ USA



der del marxismo, por ejemplo. Y el hecho de que fuera republicano militante, de que sufriera el exilio y la muerte que llenan de vergüenza las páginas de la Historia de España en aquella triste hora, o de que haya sido el ídolo secreto de varias generaciones universitarias desde entonces, no deben permitirnos simplificar su obra, que es lo que importa. Una obra que es candente provocación a nuestra falsa seguridad en la creencia occidental del ser, un motor del dualismo irreductible que somos contra nosotros mismos, haciéndonos en la medida en que dejamos de ser, muerte segura a cada instante, y ni siquiera seguros en amar, pues esto es a menudo proyectar nuestro adorado yo en el espejo del ser amado. La obra de Antonio Machado resulta, por el contrario, un seguro caudal de incertidumbre, de inquietantes paradojas, de escepticismo radical acerca de todo lo que suponemos consabido (especialmente en Abel Martín y en Juan de Mairena), y no nos permite tampoco la evasión del sueño. El sueño, tan frecuente en su poesía, se aleja cada vez más de la estéril connotación romántica para acercarse a un concepto pasmosamente actual, el que

se puso en circulación entre los jóvenes del mayo francés del 68, cuando el gran miedo (el de la derecha y el de la izquierda establecidas) a que de verdad la imaginación, la fantasía llegara al poder.

*(Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía.
También la verdad se inventa.)*

Y así decía Machado: "¿No seríamos capaces de soñar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante? Acaso, entonces, hechúramos de menos en nuestros sueños muchas imágenes, y tal vez entonces comprendiéramos que éstas eran los fantasmas de nuestro egoísmo, quizá de nuestros remordimientos."

FE EN LA HISTORIA

Somos conscientes de haber dejado un sinfín de matices por aclarar. Y tratándose de Machado esto es particularmente inquietante, como lo es su obra toda. Nos faltaría, por ejemplo, hablar de la única fe cierta que vemos en Machado: la fe en la Historia, la que le inducía a hablar del futuro con entera esperanza. Sobre todo, del futuro de España, de

*(...) la España del cincel y de la
[maza,
con esa eterna juventud que se
[hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y
España que alborea [redentora,
con un hacha en la mano venga-
[dora,
España de la rabia y de la idea.*

Pero nuestro propósito era mucho más modesto. Advertir de un peligro. El peligro que es, para nuestra intimidad y para los posibles manejos oficiales de la figura de Antonio Machado, creer que estamos a salvo de la corrosiva amplitud semántica de su obra.

A. RODRIGUEZ ALMODOVAR